

EL CRISTIANISMO Y LA CULTURA DE EUROPA

El cristianismo en Europa.

«El cristianismo en el continente europeo se remonta al tiempo de los Apóstoles. Según los Hechos de los Apóstoles, el anuncio evangélico atravesó el confín entre Asia y Europa ante todo por obra de Pablo. Sucesivamente, el Apóstol Pedro, dejando Jerusalén, dirigió sus pasos, a través de Antioquía, hacia Roma, donde más tarde se halló prisionero también Pablo. Desde aquel tiempo Roma se convirtió en la sede de los Apóstoles y de ella comenzó a irradiarse por Europa la gran evangelización que, en cierto sentido, puede muy bien llamarse "la primera", y que duró casi hasta el fin del siglo XIV. El último pueblo que recibió el bautismo, junto con su soberano, fue Lituania.

»La acción evangelizadora, junto al centro romano y a los que han estado ligados a él (por ejemplo, Irlanda e Inglaterra), tuvo otro importante centro en Oriente, en Constantinopla. Si todo el primer milenio, ya en el período de las persecuciones y luego tras su fin, constituye el tiempo de la cristiandad unida, se debe deducir de ello que esta unidad, a pesar de las divisiones locales, se refería sobre todo a la relación entre el Occidente y el Oriente griego, más tarde bizantino.

»Gran significado tuvo el desarrollo de la Iglesia en la región del Asia Menor y en África, es decir, en torno al Mar Mediterráneo. Sin embargo, hay que reconocer un valor primario para la evangelización de Europa a la bipolaridad Roma-Bizancio, que durante todo el primer milenio se mantuvo en el contexto de la unidad eclesial. Fue sólo en el curso del siglo XI cuando se consumó la división práctica entre Oriente y Occidente. Desde aquel tiempo la evangelización de Europa lleva sobre sí la marca de una división que, a pesar de laudables esfuerzos encaminados a restaurarla, sigue hasta nuestros días.

»Bajo el impulso de conocidas aspiraciones reformadoras con respecto a la Iglesia, se llegó sucesivamente a la división también en Occidente. La Europa cristiana se convirtió en una

"Europa eclesialmente dividida, y este estado de cosas perdura hasta hoy. La fractura se hizo aún más profunda a causa de la sumisión al poder temporal, que impuso el principio "cuius regio, eius religio". Este principio constituye la negación del derecho a la libertad religiosa, un derecho que sólo más tarde alcanzó su pleno reconocimiento en la conciencia de las sociedades (aunque en algunas partes de Europa, como por ejemplo en el Estado polaco-lituano-rutenio, siempre se respetó).

»Desde el momento del descubrimiento de América comienza la expansión colonial de Europa, especialmente de los pueblos situados en las regiones que dan al Océano Atlántico. Eso tuvo precisas repercusiones en la evangelización, pues ésta llevó en sí la marca de la división a las dos partes del continente americano: mientras América del Sur hoy es en su mayoría católica, la del Norte es, por principio, protestante. La misma división se encuentra también en la colonización de África y del Extremo Oriente.

»En el curso de la historia el continente europeo desempeñó un papel primario en la evangelización del mundo. Con todo, esa evangelización, al mismo tiempo que llevaba a nuevos pueblos la fe en el mismo Cristo, transplantaba a ellos la división entre los cristianos, a pesar de estar llamados a ser miembros de aquel único Cuerpo de Cristo que es la Iglesia.

»Al tratar el tema de la nueva evangelización en la Asamblea especial para Europa del Sínodo de los obispos, hemos de tener ante nuestros ojos esta realidad. El esfuerzo por llegar a la unidad de los cristianos se ha afirmado gradualmente gracias al movimiento ecuménico y ya se sabe que el Concilio Vaticano II quiso hacer de él un compromiso primario en el programa de renovación de la Iglesia católica».

JUAN PABLO II: Discurso a los participantes en la reunión consultiva de la Asamblea especial para Europa del Sínodo de los obispos. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXII, núm. 24 (1.120), domingo 17 de junio de 1990.

La raíz cristiana en el continente europeo y en su cultura.

«En el contexto de los fenómenos hasta aquí bosquejados, el cristianismo permanece constantemente presente en el continente europeo, y está enraizado de modo más o menos profundo en los individuos, en los ambientes y en la sociedad. A decir

"verdad, posee un preciso "derecho de ciudadanía" en la historia de Europa, donde por su presencia antiquísima ha podido contribuir a la formación misma de la cultura y de la conciencia de las diversas naciones. Con todo, las corrientes inmanentistas y secularistas en el ámbito del pensar y del actuar no son sólo una intrusión sucesiva, pues se desarrollaron bajo el impulso de la evolución de la cultura como expresión de una civilización en la que los éxitos de las ciencias y de la técnica dieron al hombre el sentido, cada vez más grande, del dominio, e, indirectamente, también de la independencia con relación a Aquel que es el principio y el fin de todo lo que existe.

»Hasta qué punto este sentido de independencia haya nacido de un específico "reduccionismo" de los procesos del conocimiento y de la voluntad, y hasta qué punto esté en el origen del actual sometimiento del hombre a la dimensión inmanente (es decir, con respecto al mundo), es un problema aparte. El dato evidente es que la grandeza de los éxitos obtenidos en el ámbito del mundo visible, en el conjunto de las conquistas realizadas por la ciencia y por la técnica, el hombre encuentra un "alibi" en apariencia suficiente. Es como si olvidase su caducidad y su necesidad de trascendencia. No siente el deseo de abrirse hacia el Reino, que "no es de este mundo" (cf. Jn 18, 36). Parece también que no experimenta la verdad de las palabras: "Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad"» (2 Co 3 17).

JUAN PABLO II: Discurso a los participantes en la reunión consultiva de la Asamblea especial para Europa del Sínodo de los obispos. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXII, núm. 24 (1.120), domingo 17 de junio de 1990.

El proceso histórico del desarrollo de la cultura.

«Es preciso tener ante los ojos también el proceso histórico del desarrollo de la cultura (y de las culturas) en el continente europeo, especialmente el de la cultura humanística. Según una opinión muy difundida, este desarrollo ha sido singularmente intenso y ha tenido un estrecho vínculo —también por las consecuencias en el ámbito de la ciencia y de la técnica— con los elementos fundamentales del pensamiento judío-cristiano, que se remontan a las fuentes bíblicas, y con los clá-

"sicos de la filosofía antigua, en especial la griega. Para la organización de la vida, en cambio, y para el derecho, que es su base, la cultura europea es deudora, sobre todo de la Roma antigua: del "ius romanum" para el aspecto civil, y del "ius canonicum" para el eclesial.

»Estas rápidas alusiones al desarrollo de la civilización europea llevan a distinguir de modo más bien neto el occidente cristiano —tanto europeo como, a continuación, americano— de la civilización asiática, históricamente más antigua que la europea, e incluso de la civilización de los pueblos musulmanes.

»Por lo que se refiere a las líneas de desarrollo de la cultura humanística, a lo largo de muchos siglos las premisas metafísicas y gnoseológicas universalmente aceptadas aseguraron una visión teocéntrica de la realidad. Esta —de forma especial en el ámbito de la tradición cristiana— tenía también, como es obvio, su precisa dimensión cosmológica y antropológica. A corroborar las certezas alcanzadas en esa visión de la realidad contribuían no sólo los conocimientos teológicos, sino también los filosóficos, al menos hasta que en el centro de la tensión filosófica permaneció la objetividad del "esse". Desde el tiempo de Descartes, como se sabe, ha ido realizándose un desplazamiento de este centro hacia la conciencia subjetiva, y de las consecuencias de ese desplazamiento todos somos testigos. La filosofía se ha convertido ante todo en gnoseología (es decir, teoría del conocimiento), con la consecuencia de que en el centro de la realidad ha venido a quedar el hombre como sujeto cognoscitivo, pero allí se ha quedado solo.

»También el cosmos, y sobre todo el mundo visible y empírico, se ha convertido, con el desarrollo de las ciencias naturales, en un ámbito particular del conocimiento humano. Si para Newton, a quien se suele llamar el padre de las modernas ciencias naturales, este conocimiento permanecía en el contexto de la religión y de la Revelación, el ulterior desarrollo de las ciencias naturales ha acostumbrado gradualmente a las mentes humanas a mirar al mundo en sí mismo, "como si Dios no existiese". La hipótesis, al inicio metódica, de la no-existencia de Dios, con el paso del tiempo ha llevado a la idea de Dios como hipótesis. Estas corrientes de pensamiento se han consolidado bajo la forma de un agnosticismo difundido, especialmente entre los científicos. Un paso ulterior lo constituyó el ateísmo que, desde el punto de vista filosófico, tomó su expresión más radical en el materialismo dialéctico marxista. En la visión filosófica propia de esta corriente de pensamiento, la re-

"ligión constituye una de las formas de alienación del hombre, "el cual, creándose la idea de Dios, se priva por sí mismo de "algo que es un atributo y una propiedad suyos. Se aliena renun- "ciando a la herencia de todo lo que es auténticamente humano.

»El marxismo es la forma extrema de este proceso intelectual, "que ha atravesado la conciencia europea (y no sólo ésta) entre "los siglos XIX y XX.

»El positivismo filosófico no constituye seguramente una for- "ma tan extrema de ateísmo, pero también él encierra el cono- "cimiento humano dentro de límites puramente empíricos, ne- "gando a la idea de Dios, y por tanto a la religión, la posibilidad "de una fundamentación racional.

»Mientras tanto, muchos europeos, especialmente del ambien- "te culto, se han acostumbrado a considerar la realidad "como "si Dios no existiese". Se han acostumbrado también a actuar "en esa perspectiva. El subjetivismo gnoseológico y el inmanen- "tismo (especialmente desde los tiempos de Kant) corren pare- "jas con una actitud de autonomía en la ética. El hombre mismo "se convierte en la fuente de la ley moral, y sólo esa ley, que "el hombre se da a sí mismo, constituye la medida de su con- "ciencia y de su comportamiento.

»El cuadro trazado es evidentemente sintético: omite, por "necesidad, mencionar una serie de corrientes, también impor- "tantes dentro de este proceso, que han contribuido al desarro- "llo de la moderna cultura europea, tanto en su dimensión teóri- "ca como en la práctica. Europa, desde luego, no presenta, des- "de este punto de vista, una imagen monolítica. En ella se pue- "den distinguir zonas sometidas, en mayor o menor medida, a "los procesos esbozados anteriormente y zonas caracterizadas por "una secularización más o menos avanzada, en la que no están "ausentes el materialismo teórico y, más aún, el práctico».

JUAN PABLO II: Discurso a los participantes en la reunión consultiva de la Asamblea especial para Europa del Sínodo de los obispos. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXII, núm. 24 (1.120), domingo 17 de junio de 1990.

La trágica serie de acontecimientos en Europa a partir del comienzo de la segunda guerra mundial.

«La trágica serie de acontecimientos que han tenido lugar "en este siglo, especialmente a partir del estallido de la segunda

"guerra mundial, tal vez ha contribuido en alguna medida a
"abrir el corazón del hombre hacia la libertad que viene del
"Espíritu, aquella libertad para la que Cristo nos liberó (cf. Ga
"5, 1).

»La guerra misma, con su desmedida crueldad, que alcanzó
"su más atroz expresión en el exterminio programado de los ju-
"díos, así como de los gitanos y de otras categorías de personas,
"ha desvelado al hombre de Europa el otro rostro de una civi-
"lización que él se inclinaba a considerar como superior a cual-
"quier otra. Ciertamente, esa civilización ha mostrado también
"la disponibilidad a la solidaridad y al sacrificio heroico por una
"justa causa. Pero estos luminosos aspectos de la experiencia bé-
"lica han sido aparentemente superados por la dimensión del mal
"y de la destrucción no sólo material sino también, sobre todo,
"moral. Tal vez ninguna guerra en la historia ha implicado un
"semejante atropello del hombre, de su dignidad y de sus dere-
"chos fundamentales. Un eco del envilecimiento, e incluso de la
"desesperación, suscitado por esa experiencia, era posible cap-
"tarlo en la pregunta repetida con frecuencia después de la gue-
"rra: ¿Cómo se puede seguir viviendo después de Auschwitz?
"A veces afloraba también otro pregunta: ¿Es posible aún ha-
"blar de Dios después de Auschwitz?

»Y, a pesar de ello, nosotros hoy sabemos que Auschwitz
"no fue el fin. El totalitarismo oscuro de la potencia nacional-
"socialista sufrió una derrota total. En su lugar quedó, en una
"parte de Europa, otro totalitarismo como fuerza preponderante
"entre los vencedores. Y comenzó la historia de la Europa dividida
"según las decisiones tomadas en Yalta por las potencias ven-
"cedoras. Es difícil entrar en los detalles de esta historia. Se
"podría decir en breve que, mientras al occidente de la "cortina
"de hierro", tras una eficaz reconstrucción de cuanto había sido
"destruido por la guerra, avanzaba velozmente el proceso de de-
"sarrollo democrático, basado en el reconocimiento de un siste-
"ma de derechos del hombre, ya proclamados por la Organiza-
"ción de las Naciones Unidas en el año 1948, en cambio, al
"oriente de aquella línea crecía el totalitarismo del Estado mar-
"xista que, aun proclamando de palabra los mismos derechos del
"hombre, en la práctica constituía su negación radical.

»Durante largo tiempo el clima de confrontación, de "gue-
"rra fría", entre las dos superpotencias ocultó, sobre todo en
"Oriente, lo que se escondía detrás de la bandera del superpo-
"der. Sólo al fin de los años ochenta esa realidad se ha desve-
"lado con la proclamación de la "perestroika", es decir, de una

"reconstrucción del sistema, necesaria para detener la creciente crisis ante todo, pero no sólo, económica.

»Dentro de las naciones que, con la decisión de Yalta, habían sido sometidas a la superpotencia del Este como "aliadas", pero en realidad como "satélites", la resistencia había comenzado a despertarse ya en los anteriores decenios, para manifestarse luego más decididamente hace poco, en primer lugar en Polonia, pero después también en Hungría y en Checoslovaquia. Estas naciones, enraizadas fuertemente en las tradiciones europeas, emprendieron de modo cada vez más consistente y eficaz una acción de reivindicación frente al sistema totalitario del Estado: era una acción basada en la inviolabilidad de los derechos del hombre. Entre estos derechos ocupaba un lugar central el derecho a la libertad de conciencia y de religión.

El año 1989 concluyó con una serie de cambios en los países del así llamado bloque comunista. Los partidos marxistas perdieron su poder absoluto. Las elecciones libres están comenzando en las respectivas sociedades la desaprobación de las formas de vida política, económica y social que ellos habían impuesto. Todo esto está teniendo lugar por el camino de una revolución pacífica —camino ya iniciado por "Solidaridad" en Polonia el año 1980— sin derramamiento de sangre, con una sola excepción: la de Rumania. El proceso de democratización se lleva a cabo en todos los países de aquella región, salvo —al menos por ahora— en Albania.

»Una de las consecuencias de estos cambios es que se le restituyen a la comunidad de los creyentes, es decir, a la Iglesia, los derechos de los que, en el sistema del totalitarismo marxista, había sido privada de modo programado. El grado de esa privación ha sido diverso de país a país. Pero era común el presupuesto del que se partía: la religión, como elemento de alienación, debía desaparecer para hacer posible la liberación del hombre. Se puede decir que la experiencia del período que acaba de concluir ha demostrado exactamente lo contrario: la religión y la Iglesia se han revelado entre los factores más eficaces en la liberación del hombre de un sistema de dominio total».

JUAN PABLO II: Discurso a los participantes en la reunión consultiva de la Asamblea especial para Europa del Sínodo de los obispos. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXII, núm. 24 (1.120), domingo 17 de junio de 1990.

La experiencia del pasado ante el futuro de Europa.

«Para concluir, volvamos a las dos preguntas que planteamos al inicio. Son las preguntas que se refieren a nosotros, aquí reunidos como obispos y pastores de la Iglesia en el continente europeo.

»La primera se refiere al pasado, de modo especial a los últimos cincuenta años, y reza así: ¿Qué dones característicos se otorgan mutuamente las Iglesias del oeste, del centro y del este europeo en este momento en que la situación en nuestro continente sufre visibles transformaciones? ¿Cuál es el significado de las experiencias vividas por las Iglesias particulares y por la Iglesia universal? ¿Cuál es ese significado desde el punto de vista del ecumenismo y tal vez también del diálogo con las demás religiones, así como con el mundo ajeno a la religión?

»La segunda pregunta nos proyecta hacia el futuro: ¿Cómo hay que desarrollar este recíproco don desde el punto de vista de la misión de la Iglesia en Europa y en el mundo? Es decir, desde el punto de vista del servicio continuo al reino de Dios mediante una nueva evangelización que, al tiempo que promueve las Iglesias particulares con sus legítimas tradiciones, refuerce su vínculo con la cátedra de Pedro, que preside la asamblea universal de la caridad, protege las diferencias legítimas y simultáneamente vela para que las divergencias sirvan a la unidad en vez de dañarla" (Lumen gentium, 13).

»Estas preguntas plantean la temática de la próxima Asamblea especial del Sínodo. Y confirman, de algún modo, la oportunidad de convocarla.

»Todos nosotros, venerados y queridos hermanos, tenemos necesidad de un contacto recíproco que nos permita discernir más de cerca qué dice el Espíritu Santo a la Iglesia mediante las experiencias de cada una de las Iglesias particulares del continente europeo. Esto se refiere también a las Iglesias orientales que recientemente han podido volver a su actividad pública y plena en sus respectivos países. Y esto atañe en especial a nuestros hermanos ortodoxos y protestantes, cuya presencia en nuestra Asamblea especial para Europa será muy grata, pues también ellos son partícipes de las mismas experiencias y de las mismas tareas vinculadas con el servicio al Evangelio.

»Se trata de discernir lo que el Espíritu de Cristo nos dice a todos nosotros mediante las experiencias del pasado y, al mismo tiempo, de comprender qué camino nos muestra para el futuro.

»Desde hace casi dos mil años el cristianismo participa en la historia del continente europeo. Ahora que nos acercamos al inicio del tercer milenio después de Cristo, en especial ahora que la vida de las naciones de Europa comienza a tomar una forma nueva, no puede faltar nuestra presencia.

»"Velad y orad..." (Mt 26, 41). Hemos de concentrarnos mucho y unirnos en la oración para obtener una sensibilidad interior, y al mismo tiempo comunitaria, a la palabra que el Espíritu Santo dice a las Iglesias.

»Debemos "velar y orar" invocando la intercesión de los santos patronos de Europa: Benito, Cirilo y Metodio, y de todos los santos y santas del continente; "velar y orar" bajo la protección especialísima de la santa Madre de Dios, hacia la que los pueblos cristianos de Europa siempre han nutrido profunda devoción, como atestiguan los innumerables santuarios consagrados a Ella; "velar y orar" para saber acoger y seguir lo que el Espíritu dice a las Iglesias y para poder así conducir a todos los que el Señor nos ha confiado a la gloria otorgada "en herencia a los santos", de la que el Espíritu es "prenda"» (cf. Ef 1, 18, 14).

JUAN PABLO II: Discurso a los participantes en la reunión consultiva de la Asamblea especial para Europa del Sínodo de los obispos. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXII, núm. 24 (1.120), domingo 17 de junio de 1990.

El futuro cultural de Europa.

»El futuro depende en gran parte de la perspectiva cultural con que se permita a las personas y a los pueblos desarrollar y labrar su destino. La historia reciente ha alterado drásticamente el entramado cultural de referencia. De modo especial, la serie de acontecimientos ocurridos en Europa durante los últimos meses muestra a las claras la inadecuación y el fracaso de una cultura que no estaba construida sobre la primacía de la dimensión espiritual de la persona humana.

»Por supuesto, las dimensiones económica, política y social de la vida requieren una atención cuidadosa y un compromiso decidido por parte de todos. Pero, al mismo tiempo, es necesario reafirmar tajantemente la primacía de la ética sobre la tecnología, la primacía del "ser" sobre el "tener". Esto resulta especialmente imperioso cuando nos encontramos inmersos en una falsa cultura de apariencias, resultado de una desenfrena-

"da mentalidad consumista dañina para las necesidades más pro-
"fundas de los individuos y las comunidades. El reto actual al
"que se enfrenta Europa es redescubrir sus raíces más profun-
"das. Al aceptar este desafío, la cultura europea está llamada
"por fuerza a tener en cuenta la fe cristiana que configuró sus
"pueblos.

»La tarea es enorme. Implica trabajar por el desarrollo inte-
"gral y auténtico de los pueblos en un clima de cooperación efec-
"tiva, por la defensa de los derechos humanos, por la promoción
"de la vida familiar, por la protección de los trabajadores, por
"la construcción de una comunidad más justa y fraterna, respe-
"tando la voluntad del Creador en la naturaleza y en todas las
"áreas de la vida.

»La libertad reconquistada está llevando a pueblos condena-
"dos por largo tiempo al silencio, al miedo y a la penuria, a
"proclamar en voz alta el valor de la persona humana, el carác-
"ter espiritual de la vida, la necesidad de expresar el valor del
"individuo y la responsabilidad personal, tomando parte activa
"en los procesos que determinan la vida civil y nacional.

»Como hombres y mujeres de la cultura, saben bien que la
"restauración de las libertades externas es sólo la primera etapa,
"el primer peldaño. El ejercicio de la libertad debe ir acompa-
"ñado de un crecimiento en una madurez moral y espiritual. Por
"desgracia, nuestra cultura dominante, mientras nos aproxima-
"mos al tercer milenio cristiano, muestra signos de un debilita-
"miento de la responsabilidad moral y de una escasa sensibili-
"dad hacia una inspiración espiritual. Las personas suelen ser
"más sensibles a sentimientos, emociones e impresiones que al
"pensamiento, la reflexión y el discernimiento. Obrar sin razo-
"nar no es digno del hombre, cuya libertad se basa en el cono-
"cimiento de la verdad que ilumina sus juicios.

»La conquista de una auténtica libertad se pone radicalmen-
"te en peligro si se prescinde de la verdad, adquirida fatigosa-
"mente por la razón, y profundizada maravillosamente por la
"apertura a la palabra de Dios. Sin una referencia a la verdad,
"los seres humanos nunca podrán liberarse de la irresponsabili-
"dad y del miedo. Jesucristo afirmó rotundamente: "La verdad
"os hará libres" (cf. Jn 8, 32). Lo que se aplica a las personas
"se puede aplicar también a las naciones. Sólo aceptando la ver-
"dad íntegra sobre nuestra condición humana —que correspon-
"de al designio de Dios sobre los seres humanos, revelado en
"Cristo, camino, verdad y vida (cf. Jn 14, 6)— nuestros contem-

«poráneos alcanzarán su completa estatura como hombres y mujeres liberados del miedo y de espejismo vanos».

JUAN PABLO II: Discurso al mundo de la cultura en la Iglesia de San Julián de Sliema, domingo 27 de mayo. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXII, núm. 24 (1.120), domingo 17 de junio de 1990.

La nueva situación que se abre en Europa; la nueva evangelización en los albores del tercer milenio.

«Todo cuanto ha sucedido en los últimos años, y especialmente en los últimos meses, en el continente europeo, de modo particular en la Europa central y oriental, aparece a quien lo lee en profundidad como un giro histórico en nuestro difícil siglo XX. Se está abriendo la perspectiva de una situación nueva en la vida de las naciones. Ha desaparecido la división en dos bloques que se cimentaban en contrapuestos principios socio-económicos e ideológicos, división impuesta como consecuencia de la segunda guerra mundial. Para los países de Europa central y oriental, este evento significa, en cierto sentido, la salida de las catacumbas y, en todo caso, la salida de una situación de más o menos radical violación de los derechos personales, en especial del derecho a la libertad religiosa y de la misma libertad de conciencia.

«Desde el momento que la Iglesia, como comunión de personas y de comunidades en Cristo, implica aquel recíproco "intercambio de dones" de que habla la constitución Lumen gentium, en el nuevo contexto surgen dos preguntas principales.

«La primera se refiere al pasado (a los cincuenta años de la Europa dividida) y se puede formular así: ¿Cuáles son "los dones propios" que las Iglesias que están al oriente de la "cortina de hierro" aportan a las Iglesias del occidente europeo, y viceversa? ¿Qué valor tienen sus experiencias para la Iglesia, en un plano universal?

«La segunda pregunta se refiere al futuro: ¿Cómo se debe seguir llevando a cabo este recíproco intercambio de dones para "la misión de la Iglesia en Europa, para la evangelización del continente en los umbrales del tercer milenio?»

JUAN PABLO II: Discurso a los participantes en la reunión consultiva de la Asamblea especial para Europa del Sínodo de los obispos. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXII, núm. 24 (1.120), domingo 17 de junio de 1990.